

Cristocentrismo y dignidad del hombre: *Miseria/dignitas hominis* en *De los nombres de Cristo* de Fray Luis de León

PABLO SOL MORA
El Colegio de México

La *miseria* y la *dignitas hominis*¹ – complejos de ideas y tópicos de orígenes clásicos y bíblicos, desarrollados por los Padres de la Iglesia y que alcanzaron su mayor esplendor en la Edad Media y el Renacimiento, respectivamente– forman parte habitual del paisaje literario de los Siglos de Oro². Fernán Pérez de Oliva, con su célebre *Diálogo sobre la dignidad del hombre*, abrió el camino que luego habrían de recorrer innumerables autores. Para muchos de ellos, la *miseria/dignitas hominis* (pues se trata, en realidad, de un binomio inseparable, no de dos entidades aisladas) fue sencillamente un elemento más de su arsenal retórico, un recurso del cual echar mano para denigrar o exaltar al hombre, según fuera el caso. Sin embargo, para otros fue algo más: no un simple accesorio, sino asunto central; no pieza secundaria, sino estructural. Ellos no se limitaron a repetir mecánicamente el conjunto de topoi heredado de la tradición, sino que lo sometieron a un proceso de revisión y reelaboración. Son éstos, naturalmente, los que mayor importancia tienen a la hora de estudiar la historia de la *miseria/dignitas hominis* en los Siglos de Oro. Entre ellos, corresponde un lugar de privilegio a fray Luis de León y su magno *De los nombres de Cristo*. En este trabajo me propongo examinar la concepción luisiana de la *miseria/dignitas hominis* en esta obra.

De las múltiples circunstancias adversas en las que fue compuesta, da bastante cuenta la dedicatoria del libro I a don Pedro Portocarrero, futuro Inquisidor General. Esas

1. Véase recientemente *La dignità e la miseria dell'uomo nel pensiero europeo* (2006); Martinet (2000a; 2000b); Sozzi (1997), y *La dignité de l'homme* (1995). Siguen siendo fundamentales Javelet (1987); Kristeller (1979); Di Napoli (1973); Trinkaus (1973), y Garin (1972).

2. Entre los trabajos de alcance más general, véase Rico (2005: 107-124; 2002); «Miseria y dignidad del hombre en el Renacimiento» (2003); Egido (2001); Abellán (1979: 148-161), y Green (1969: 140-165).

breves y amargas páginas traslucen el ambiente religioso de la España de Felipe II, enrarecido desde los albores del reinado –especialmente a partir de 1559, año de la publicación del *Índice*, el proceso a Bartolomé Carranza y pródigo en autos de fe–, y en el que desde entonces la más mínima sospecha podía desencadenar la persecución (y qué mejor ejemplo que el propio destino de su autor), pero, al mismo tiempo, dejan ver la fortaleza de una espiritualidad de la que fray Luis fue uno de sus máximos representantes. Con toda razón escribió Eugenio Asensio (2005: 115): «La intuición religiosa y estética del tiempo de Felipe II halló probablemente su más alta y noble manifestación en los diálogos de Marcelo, Juliano y Sabino a orillas del Tormes en la quinta de la Flecha. Diálogos en que la elegancia ciceroniana sirve de cauce a la Sagrada Escritura; en que el lirismo de los Salmos de David se vierte en estrofas reminiscentes de los epodos de Horacio».

El maestro León lamenta «la condición triste de nuestro siglos» (1997: 141) que ha hecho que la lectura de las Escrituras, antaño fuente de vida para el hombre, sea ahora con frecuencia causa de su perdición, razón por la que los gobernantes de la Iglesia se han visto en la penosa necesidad de someterla a una regulación estricta. Por ello, como sabemos, se ha propuesto escribir una obra en romance que ponga al alcance de todos el mensaje bíblico y aleje de las malas lecturas, pues éste, ni más ni menos, es el propósito de *De los nombres de Cristo*. Con esta idea en mente, fray Luis decide comenzar por la materia específica de los diversos nombres que Cristo recibe en la Biblia porque «la propia y verdadera sabiduría del hombre es saber mucho de Cristo, y a la verdad es la más alta y más divina sabiduría de todas» (1997: 147). ¿Era otra cosa, en el fondo, la *philosophia christi* enarbolada por Erasmo y tantos otros humanistas: un verdadero vivir en Cristo o, más paulinamente, un vivir Cristo en los hombres? Entre otras cosas, la magna obra de fray Luis, como bien vio Marcel Bataillon³, es la coronación de una renovación espiritual que había comenzado a principios de siglo.

En la elaboración de *De los nombres de Cristo* se dieron cita diversos saberes⁴ que hicieron de ella la cima de la espiritualidad de su época: el biblismo bebido en sus fuentes, la erudición patristica⁵ y la filosofía platónica y neoplatónica, entre los más importantes. Todo el conjunto, sin embargo, está sometido a una sola visión: Cristo como centro del universo. Con toda razón el cristocentrismo de fray Luis ha sido considerado por Folgado Florez (1992: 213) como «estructural». Al margen de éste, no hay comprensión posible de su obra, y esto incluye, desde luego, sus nociones de la *miseria* y la *dignitas hominis*.

El cristocentrismo, básicamente, es el énfasis puesto en el papel de Cristo en el plan de la salvación humana⁶. En fray Luis, y en particular en *De los nombres de Cristo*, es el principio que da origen y estructura una visión del mundo. Cristo, en el que se unen

3. «Enriquecida, renovada por una meditación platónica sobre el hombre y sobre el universo, la *philosophia Christi* de las primeras décadas del siglo habla en los *Nombres de Cristo* un espléndido lenguaje. Aquí culmina ese proceso fecundante, que hemos seguido a través de la espiritualidad española. En este libro imperecedero se incorpora definitivamente a ella, resplandece en ella como su riqueza perdurable» (1950: 768).

4. Véase Álvarez Turienzo (1996) y Guy (1996).

5. Véase Nieto Ibáñez (2001).

6. Véase Hervás (1996: 81). Biffi (1994: 11) resume: «Possiamo dire, anticipando sinteticamente, che riteniamo propriamente cristocentrica la visione della realtà che fa de l'umanità del Figlio de Dio incarnato il principio ontologico subalterno dell'intera creazione, in tutti i suoi livelli e le sue dimensioni».

Dios y el hombre, es el fin al que está enderezada toda la Creación, como lo declara Marcelo en las primeras páginas del diálogo:

Dios, a fin de hazer esta unión bienaventurada y maravillosa, crió todo quanto se parece y se esconde, que es dezir que el fin para que fue fabricada toda la variedad y belleza del mundo fue por sacar a luz este compuesto de Dios y hombre, o por mejor dezir, este juntamente Dios y hombre que es Iesuchristo (1997: 180)

Cristo, para quien fue hecho el mundo, es además la cifra del mundo, pues lo contiene en su totalidad y en él «como dize S. Pablo, se recapitula todo lo no criado y criado, lo humano y lo divino, lo natural y lo gracioso» (1997: 181). Inspirada fundamentalmente en el Apóstol, la capitalidad cósmica de Cristo es una de las ideas centrales del cristocentrismo luisiano⁷. El Verbo humanado, además, es el origen y causa de toda gracia, la cual, según la hermosa definición de fray Luis, «es una como deydad y una como figura biva del mismo Christo, que, puesta en el alma, se lança en ella y la deyfica y, si va a dezir verdad, es el alma del alma» (1997: 423). Sólo Él podía merecerla y sólo Él la da. Es Cristo, en fin, la causa meritoria de la justificación humana⁸.

Si el hombre es capaz de comprender los nombres de Cristo, podrá entonces entender las perfecciones divinas. No nos detendremos aquí en la compleja teoría nominal luisiana. Baste recordar que el estudio de los nombres de Dios poseía una larga tradición patrística en la que destaca el *De divinis nominibus* del Pseudo-Dionisio Areopagita y en la que habría que incluir también a Orígenes, los Capadocios, San Jerónimo y San Agustín⁹. El nombre, según la aguda definición de fray Luis, «es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dize, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento» (1997: 155). Ahora bien, la suma perfección de todas las cosas consiste en que cada una contenga en sí a las demás, a semejanza de Dios que, siendo uno, lo abarca todo. Entre más cosas contengan, más semejantes se harán a Él, y éste es el fin común al que tienden todas las criaturas:

Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el ser mío, se abraçe y esclavone toda esta máchina del universo, y se reduzga a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y, quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que, estendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, vença y reyne y ponga su silla la unidad sobre todo (1997: 156).

Todo el anhelo luisiano de armonía y unidad, de obvias raíces platónicas, resplandece en este párrafo como en sus mejores poemas. Evidentemente, las cosas no pueden estar en otras en su ser material, por lo que la naturaleza les dio otro ser, el nombre, mediante el cual pueden estar en el entendimiento y ser asimismo expresadas.

7. Véase Folgado Florez (1992: 221-223).

8. Véase Folgado Florez (1992: 227) y García García (1967: 343).

9. Véase Nieto Ibáñez (2001: 27-34) y Reppes (1965).

A partir de estos postulados y de su visión cristocéntrica, fray Luis construye su obra, pues qué mejor forma de conocer a Cristo en tanto hombre que mediante el estudio detenido de sus nombres, múltiples porque uno solo no abarcaría la suma de sus perfecciones, y puestos no por un entendimiento humano, sino por el Espíritu Santo. *De los nombres de Cristo* se revela así como un ejercicio de filología divina. A través de la comprensión cabal de cada uno y de hacerlos parte integral de su ser, el lector podrá comenzar a hacerse uno con Cristo.

Es en este marco religioso de cristocentrismo que debemos situar y comprender las nociones luisianas de la *miseria* y la *dignitas hominis*. Éstas se encuentran presentes a lo largo de toda la obra y son dos de las ideas que mayor importancia revisten para su autor. El fraile agustino, buen heredero de su padre espiritual, es perfectamente conciente de la trascendencia del conocimiento de uno mismo¹⁰ y de la relación de éste con el conocimiento de Dios. Ésta es más clara aún en el caso de Su Hijo: el conocimiento del hombre es inseparable del conocimiento de Cristo. Por eso en fray Luis el estudio del hombre, la antropología en sentido estricto, se vuelve cristología.

Que Cristo es el «camino» que el hombre debe recorrer para alcanzar su mayor dignidad es planteado ya claramente en la escala del ser –elemento clave de la *dignitas hominis* desde el *De anima* aristotélico– descrita en el capítulo que explica el mismo nombre:

Y así, los que andan y se exercitan en ella [la virtud cristiana] forçosamente crecen, y el andar mismo es hazerse de contino mayores, al revés de los que siguen la vereda del vicio, que siempren decienden, porque el ser vicioso es deshazerse y venir a menos de lo que es; y quanto va más, tanto más se menoscaba y disminuye, y viene por sus passos contados, primero a ser bruto, y después a menos que bruto, y finalmente a ser casi nada (1997: 212).

Sin embargo, el tratamiento más explícito de la *miseria/dignitas hominis* se encuentra en el último capítulo del Libro I: «Padre del siglo futuro». Teniendo como algunos de sus temas principales la justificación y el libre albedrío, este capítulo está especialmente dirigido contra la herejía luterana. Escrito en la línea contrarreformista marcada por el concilio de Trento¹¹, no es de sorprenderse que sea justamente aquí donde se discutan las cuestiones de la miseria y la dignidad del hombre que, como podemos ver en el debate entre Erasmo y Lutero sobre el libre albedrío, tuvieron un papel crucial en la disputa por la Reforma.

En su recapitulación de por qué era necesario que el hombre naciera de nuevo, fray Luis explica cómo el hombre, habiendo sido creado por Dios para ser el señor del mundo, fue seducido por el demonio y condenado por su propia ambición, transmitiendo la culpa a todos sus descendientes:

10. «El principio y como fundamento de todos los bienes es que se conozca cada uno a sí mismo», escribió en la *Exposición del Libro de Job*, obra que no carece de importancia para nuestro tema y a la que ya tendremos oportunidad de volver (1967: XL, 1).

11. Melquiades Andrés (1976: 330) resalta su importancia: «El concilio trazó una línea divisoria segura entre lo católico y lo protestante... Impulsó de modo decisivo los estudios bíblicos y positivos; todo lo referente al hombre, al pecado original y sus efectos en la naturaleza humana, a la libertad y a la gracia. También puso luz en la mayor parte de los temas de polémica con la herejía y en algunas doctrinas no bien perfiladas o apasionadamente disputadas en teología. ¿Quedó herida la naturaleza humana en lo sustancial por el pecado de origen, o sólo en lo accidental? ¿Cómo armonizar la gracia divina y el libre albedrío?». Es en este contexto postridentino que debe entenderse la obra de fray Luis.

quando nascemos, juntamente con la sustancia de nuestra alma y cuerpo con que nascemos, nasce también en nosotros un espíritu y una infección infernal que se estiende y derrama por todas las partes del hombre, y se enseñorea de todas, y las daña y destruye. Porque en el entendimiento es tinieblas, y en la memoria olvido, y en la voluntad culpa y desorden de las leyes de Dios, y en los appetitos fuego y desenfrenamiento, y en los sentidos engaño, y en las obras pecado y maldad, y en todo el cuerpo desatamiento y flaqueza y penalidad y, finalmente, muerte y corrupción (1997: 269).

Esta «infección infernal» es la raíz de toda la *miseria hominis*. Para justificarla, fray Luis no requiere ir a buscar argumentos a Plinio o a cualquier otro autor pagano. La noción del pecado original la absorbe por completo. Él es el origen de todos los males. Esta perspectiva estrictamente cristiana es uno de los rasgos distintivos de la concepción luisiana de la *miseria/dignitas hominis*. Mientras otras, más eclécticas, mezclan sin problemas elementos clásicos con cristianos, la *Historia natural* con el *Génesis*, fray Luis suele atenerse a una visión religiosa.

No obstante, apenas ha pintado este sombrío cuadro de la condición humana cuando hace una precisión fundamental:

Y si quiere saber alguno la causa porque nascemos así, para entenderlo hase de advertir, lo primero, que la substancia de la naturaleza del hombre, ella de sí y de su primer nacimiento es substancia imperfecta y, como si dixésemos, comenzada a hazer, pero tal, que tiene libertad y voluntad para poder acabarse y figurarse del todo en la forma, o mala o buena, que más le pluguiere, porque de suyo no tiene ninguna y es capaz para todas, y maravillosamente fácil y como de cera para cada una de ellas (1997: 270).

En este párrafo, fray Luis pone primero bajo resguardo la noción del libre albedrío, pero después hace una puntualización cuyos términos resultan familiares para un lector de Pico de la Mirándola (2002: 50): «No te hemos dado una ubicación fija, ni un aspecto propio, ni peculio alguno, ¡oh Adán!, para que así puedas tener y poseer el lugar, el aspecto y los bienes que, según tu voluntad y pensamiento, tú mismo elijas». ¿No es el *Princeps Concordiae* el que resuena en aquellas líneas? El maestro León lo invocaba con frecuencia en sus lecciones latinas¹² y no sería extraño que lo tuviera en mente entonces.

Fray Luis se extiende luego en las consecuencias de aquella «infección infernal» y, de la mano de San Pablo, en las diferencias entre el hombre viejo y el hombre nuevo, el sometido al mal y el redimido por Cristo, y resalta que, además de la gracia, nuestras obras tienen un papel que cumplir en esa salvación. El ser humano, hecho en principio a imagen y semejanza divinas, perdió ese privilegio por culpa del pecado, pero ha vuelto a nacer gracias a la muerte y resurrección de Cristo. Éste, sin embargo, es sólo como el principio de su nuevo nacimiento. Es necesario, además, el bautismo, que borra el pecado original, y después la consolidación de la gracia a través de una verdadera imitación de Cristo en hechos y obras.

12. Véase Maristany (1991).

Para fray Luis, la existencia humana debe ser una progresiva recuperación de la dignidad perdida hasta que, alcanzando la vida eterna, anule por completo su miseria derivada del pecado original:

Y los que, quando nascimos en el baptizo, fuymos hechos semejantes a Christo en el ser de gracia antes que en el obrar, esos que, por ser ya justos, obramos como justos, esos mismos, haziéndonos semejantes a él en lo que toca al obrar, crescemos merecidamente en la semejança del ser. Y el mismo espíritu que despierta y atiza a las obras, con el merito dellas cresce y se esfuerça, y va subiendo y haziéndose señor de nosotros, y dándonos más salud y más vida, y no para hasta que en el tiempo último nos la dé perfecta y gloriosa, aviéndonos levantado del polvo (1997: 301).

El camino que va de Adán a Cristo, del hombre viejo al hombre nuevo, es el mismo que va de la *miseria* a la *dignitas hominis*.

En fray Luis, pues, el compuesto *miseria/dignitas hominis* está comprendido dentro de un marco rigurosamente cristiano y, en el caso de la *dignitas*, específicamente cristocéntrico. Firmemente anclado en las Escrituras (en San Pablo en particular), heredero de los Padres (en especial de San Agustín, naturalmente), cercano a la mística especulativa de la Edad Media (San Bernardo) y beneficiario de la *philosophia christi* erasmiana y las corrientes más religiosas del humanismo, fray Luis adopta una visión estrictamente cristiana a la hora de preguntarse en qué consisten la miseria y la grandeza humanas, y no recurre a los autores clásicos cuando tiene que responder a estas interrogantes vitales.

Que su concepción de la *miseria hominis* es básicamente cristiana, basada en la noción del pecado original y en cierta forma hasta opuesta a las ideas clásicas, queda perfectamente claro en la dedicatoria del Libro II:

En ninguna cosa se conoce más claramente la miseria humana, muy illustre señor, que en la facilidad con que peccan los hombres y en la muchedumbre de los que peccan, apeseteciendo todos el bien naturalmente, y siendo los males del peccado tantos y tan manifiestos. Y si los que antiguamente philosopharon, argumentando por los efectos descubiertos las causas ocultas de ellos, hincaran los ojos en esta consideración, ella misma les descubriera que en nuestra naturaleza avía alguna enfermedad y daño encubierto, y entendieran por ella que no estava pura y como salió de las manos del que la hizo, sino dañada y corrompida, o por desastre o por voluntad. Porque si miraran en ello, ¿cómo pudieran creer que la naturaleza, madre diligente y proveedora de todo lo que toca al bien de lo que produce, avía de formar al hombre, por una parte, tan mal inclinado, y por otra, tan flaco y desarmado para resistir y vencer a su perversa inclinación?; o ¿cómo les pareciera que se compadescía, o que era possible, que la naturaleza, que guía, como vemos, los animales brutos y las plantas, y hasta las cosas más viles, tan derecha y eficazmente a sus fines, que los alcançan todas o casi todas, criasse a la más principal de sus obras tan inclinada al peccado, que por la mayor parte, no alcançando su fin, viniesse a estrema miseria? (1997: 311-312).

Fray Luis se niega a admitir el lugar común de una naturaleza madrastra que, generosa con el resto de los seres, no lo fuera con el hombre. Censura así, de paso, a todos los autores paganos que lo afirmaron (con Plinio a la cabeza), e indirectamente a quienes lo han repetido de manera irreflexiva. La *miseria hominis*, patente en su inclinación a hacer el mal, no puede explicarse sino por una razón anterior y más profunda, una corrupción original inherente a su naturaleza. La conciencia del pecado en fray Luis es demasiado aguda como para

permitirle una visión exclusivamente optimista de la condición humana. Es inimaginable, en él, un optimismo antropológico como el que a principios de siglo podemos apreciar en un Pérez de Oliva. Su idea del hombre parte de lo que considera la realidad innegable de su naturaleza corrupta. De no mediar Cristo, lo consideraría sin duda la más abyecta de las criaturas. Sus atributos naturales (entendimiento, memoria y voluntad), aquellos que para otros eran un argumento en pro de su grandeza, para él han sido oscurecidos por el pecado. El hombre solo no puede nada: «Y nuestra enfermedad no es una enfermedad, sino una summa sin número de todo lo que es doloroso y enfermo» (1997: 625).

Quien quisiera ahondar en la *miseria hominis* luisiana debería naturalmente dirigir su atención a la *Exposición del Libro de Job*, la obra de toda la vida de fray Luis. En ella podría verse una especie de cifra de su propia vida. Como el héroe bíblico, él también se vio sometido a duras pruebas y no es raro encontrar en su texto comentarios que parecen casi inspirados en su experiencia personal. Por la naturaleza misma de la obra, no hay en ella mayores referencias a la *dignitas hominis* (ni, significativamente, a Cristo). De lo que aquí se trataba principalmente era de mostrarle al hombre su insignificancia y, siguiendo una larga tradición penitencial, alejarlo de la soberbia y llamarlo a la humildad¹³.

«Jesús», el último capítulo de *De los nombres de Cristo*, corona de la magna obra cristológica y cristocéntrica de fray Luis, acaba de confirmar lo que hemos venido señalando hasta ahora. En tanto «Jesús», es decir, «salvación» del hombre, y restaurador de su grandeza perdida, Cristo es la fuente de toda *dignitas hominis*. A fray Luis le importa resaltar que él no es sólo el medio de la salvación, sino la salud en sí, y, a partir de una cita de San Macario¹⁴, retoma la idea de Cristo como perfecto microcosmos universal enlazándola con el precepto paulino: «Vestíos de nuestro Señor Jesucristo» (*Romanos*, 13, 14). Sólo cuando Cristo sea en verdad todo en el hombre, cuando éste, desnudándose de sí, se haya vestido por completo de él, recuperará su plena dignidad. En un arrebató de anhelo casi místico, fray Luis hace decir a Marcelo: «Yo, Señor, me desecho, me despojo de mí, me huyo y me desamo, para que, no aviendo en mí cosa mía, seas tú solo en mí todas las cosas: mi ser, mi bivar, mi *salud*, mi *Iesús*» (1997: 644).

Como los libros anteriores, el tercero y último también concluye con la traducción de un salmo (en este caso, el CII). Leído a partir de lo que hemos dicho, en sus versos podemos encontrar resumida la noción luisiana de la *miseria/dignitas hominis*:

Conoces a la fin que es polvo y tierra
 el hombre, y torpe lodo;
 contemplas la miseria que en sí encierra,

13. «Mas dice, y volverá a el hombre su justicia... O digamos que quiere decir que, venido el hombre a aqueste conocimiento, andará ya como debe, y hará y sentirá y obrará y dirá aquello que pide la condición y naturaleza del hombre; esto es, que sentirá vilmente de sí y altísimamente de Dios; y esto lo llama bien *justicia del hombre*, como si dijese *justicia propria* suya; digo que le dice y le conviene más propriamente, porque al hombre que por tantas maneras y razones es miserable, ninguna cosa le cuadra menos que la altivez y soberbia, ni le arma mejor que la modestia y que la humildad» (1967: XXXIII, 26).

14. «Como Christo vee que tú le buscas y que tienes en él toda tu esperanza siempre puesta, acude luego él y te da charidad verdadera, esto es, dásete a sí, que, puesto en ti, se te haze todas las cosas: parayso, árbol de vida, preciosa perla, corona, edificador, agricultor, compassivo, libre de toda pasión, hombre, Dios, vino, agua vital, oveja, esposo, guerrero y armas de guerra, y, finalmente, Christo, que es todas las cosas en todos» (1997: 642). La doctrina atribuida a Macario de Egipto era un descubrimiento reciente en época de fray Luis, véase Nieto Ibáñez (2001: 174-208).

y le compone todo.
 Es heno su bivar, es flor temprana
 que sale y se marchita;
 un flaco soplo, una ocasión liviana,
 la vida y el ser le quita.
 La gracia del Señor es la que dura,
 y firme persevera

(1997: 658)

Frente a la proverbial miseria humana, enraizada en el pecado, sólo hay un remedio, que no sólo cura al hombre de ella, sino que lo eleva a la mayor dignidad transformándolo en verdadero hijo de Dios: la gracia. Y, como sabemos bien, para fray Luis, esa gracia, «alma del alma», es Cristo.

Bibliografía

- AA.VV., (2003): «Miseria y dignidad del hombre en el Renacimiento», *Ínsula*, 674, Madrid.
- AA.VV., (2006): *La dignità e la miseria dell'uomo nel pensiero europeo. Atti del Convegno internazionale di Madrid 20-22 maggio 2004*. Roma: Salerno Editrice.
- AA.VV., (1995): *La dignité de l'homme. Actes du Colloque tenu à la Sorbonne-Paris IV en novembre 1992*. Edités par Pierre Magnard, Paris: Champion.
- ABELLÁN, J. L. (1979): *Historia crítica del pensamiento español*. 5 vols., Madrid: Espasa-Calpe, vol. II.
- ÁLVAREZ TURIENZO, S. (1996): «Fray Luis de León en el laberinto de los idearios», en *Fray Luis de León. Historia, humanismo y letras*. Víctor García de la Concha y Javier San José Lera (eds.), Salamanca: Junta de Castilla y León/Ediciones Universidad de Salamanca/Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 43-62.
- Andrés, M. (1976): *La teología española en el siglo XVI*. 2 vols., Madrid: Editorial Católica, vol. II.
- ASENSIO, E. (2005): «Fray Luis de León y la Biblia», en *De fray Luis de León a Quevedo y otros estudios sobre retórica, poética y humanismo*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- BATAILLON, M. (1950): *Erasmus y España*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BIFFI, G. (1994): *Approccio al cristocentrismo*. Milano: Jaca Book.
- DI NAPOLI, G. (1973): «“Contemptus mundi” e “dignitas hominis” nel Rinascimento». *Studi sul Rinascimento*. Napoli: Giannini Editori, pp. 31-84.
- EGIDO, A. (2001): *Humanidades y dignidad del hombre en Baltasar Gracián*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- FOLGADO FLOREZ, S. (1992): «Sistemática teológica en fray Luis de León desde los ‘Nombres de Cristo’ », en *Fray Luis de León. IV centenario (1591-1991). Congreso Interdisciplinar. Madrid, 16-19 de octubre 1991. Actas*. Teófilo Viñas Román (coord.), Madrid: Ediciones Escorialenses, pp. 209-231.
- GARCÍA GARCÍA, G. (1967): *Fray Luis de León, teólogo del misterio de Cristo*. León: Imprenta Católica.

- GARIN, E. y SOZZI, L. (1972): *La «dignitas hominis» e la letteratura patristica/ La «dignitas hominis» dans la littérature française de la Renaissance*, a cura di D. Cecchetti, Torino: G. Giappichelli.
- GREEN, O. H. (1969): *España y la tradición occidental*. 4 vols., Madrid: Gredos, vol. II.
- GUY, A. (1996): «El eclecticismo de fray Luis de León», en *Fray Luis de León. Historia, humanismo y letras*. Víctor García de la Concha y Javier San José Lera (eds.), Salamanca: Junta de Castilla y León/Ediciones Universidad de Salamanca/Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 273-286.
- HERVAS, J. L. (1996): *Entrañados en Cristo. La mística teológica de fray Luis de León*. Pamplona: Ediciones Eunat/Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.
- JAVELET, R. (1987): «La dignité de l'homme dans la pensée du XIIe siècle», en *De dignitate hominis. Mélanges offerts à Carlos-Josaphat Pinto de Oliveira a l'occasion de son 65e anniversaire*, Edités par Adrian Holderegger, Ruedi Imbach et Raúl Suárez de Miguel, Freiburg/Freiburg-Wien: Universitätsverlag/Verlag Herder, pp. 39-87.
- KRISTELLER, P. O. (1979): *Renaissance thought and its sources*. New York: Columbia University Press.
- LEÓN, L. de (1997): *De los nombres de Cristo*. Edición de Cristóbal Cuevas, Madrid: Cátedra.
- (1967): *Obras completas castellanas de fray Luis de León*. 2 vols., introducciones y notas del padre Félix García, Madrid: Editorial Católica, vol. II.
- MARISTANY, J. (1991): «Sobre la dignidad del hombre. Breve noticia del documento de fray Luis», *Ínsula*, 539, Madrid, p. 18.
- MARTINET, J. L. (2000a): «Una storia semantica della “dignitas hominis”», en *Immagini dell'uomo e trasformazioni della storia nel Rinascimento. Per una interpretazione del moderno*. A cura di Achille Olivieri, Milano: Unicopli, pp. 55-71.
- (2000b): «La questione “teorica” della dignitas hominis», en *Immagini dell'uomo e trasformazioni della storia nel Rinascimento. Per una interpretazione del moderno*. A cura di Achille Olivieri, Milano: Unicopli, pp. 73-100.
- NIETO IBÁÑEZ, J. M. (2001): *Espiritualidad y patristica en De los nombres de Cristo de fray Luis de León*. Madrid: Ediciones Escorialenses/Universidad de León.
- PICO DE LA MIRÁNDOLA, G. (2002): *Discurso sobre la dignidad del hombre*. Traducción, introducción, edición y notas de Pedro J. Quetglas, Barcelona: PPU.
- REPGES, W. (1965): «Para la historia de los nombres de Cristo: de la patristica a fray Luis de León», *Thesaurus*, XX, pp. 325-346.
- RICO, Fco. (2005): *El pequeño mundo del hombre*. Barcelona: Destino.
- (2002): «“Laudes litterarum”. Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento», en *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Barcelona: Destino, pp. 163-194.
- SOZZI, L. (1997): «Un désir ardent». *Etudes sur la dignité de l'homme à la Renaissance*, Torino: Il Segnalibro.
- TRINKAUS, C. (1973): «Renaissance idea of the dignity of man», en *Dictionary of the History of Ideas*. 4 vols., Philip P. Wiener, editor in chief, New York: Charles Scribner's Sons, vol. IV, pp. 136-147.